



AÑO II

← BARCELONA 1 DE OCTUBRE DE 1883 →

NÚM. 92



CAPULLO, dibujo por J. R. Wehle



**LA REVANCHA DE GERMÁNICO,**  
escultura por Francisco Jerace

En las cercanías de Detmold (Westfalia) junto al bosque de Teutoburgo, álzase una colina y en la cima de ella un gigantesco monumento, rematado por una colosal estatua de Arminio, el joven germano que, en lucha por la independencia de su patria, venció al cónsul Varo y á sus cincuenta mil legionarios de Roma.

La ciudad eterna no se avino con la idea del vencimiento y confió al general Germánico el encargo de tomar la revancha de aquel desastre.

Y con efecto, siete años despues (el 769 de Roma) Germánico ganaba en la llanura de Idistaviso aquella célebre victoria que destruyó en un día la obra laboriosa del inmortal Arminio, y los romanos, rendidos á la fatiga

de matar, levantaron un montículo con los trofeos mismos ganados á los germanos, y en él, según refiere Tácito, trazaron los nombres de los pueblos vencidos.

Sin duda un legítimo sentimiento de gratitud patriótica determinó la erección del monumento á Arminio, á cuya vista, probablemente, el orgullo nacional romano, inspirando al escultor Francisco Jerace, ha producido el grupo que representa nuestro dibujo, que es un verdadero proyecto de monumento compensatorio del de Detmold. Ese proyecto ha sido admirado en la última exposición nacional de Turin y así por lo grandioso de su conjunto como por lo sentido de su ejecución, ha sido considerado obra de primer orden. Quizás en el entusiasmo producido por esa obra escultórica éntre por algo el sentimiento del desquite de un pueblo que, como el italiano, se siente tanto más humillado por el monumento de Arminio, en cuanto ya el tedesco no pisa, en són de conquistador, las provincias lombardo venetas.

El día en que el proyecto de Jerace pase realmente á ser monumento público, la revancha de Germánico será doble, pues existirá en la historia del pueblo y en la obra del arte.

**ASUNTO GRAVE,**  
cuadro por W. Volkhart

*Cedant arma togæ* - decía el gran orador latino, cuya frase traducía con su habitual gracejo nuestro inmortal D. Juan Eugenio Hartzenbusch, diciendo: -Al escribano toca dirigir este fregado.

Tal es el asunto de este bellissimo cuadro.

Un hombre de armas consulta á un hombre de letras.

¿Acerca de qué versa la consulta?...

Por acabado que sea el dibujo y por más que de la expresión de sus personajes pudiera decirse que *están hablando*; la pintura más sublime nunca pronunciará frases concretas.

El genio no puede llegar á semejantes detalles.

Por algo dijo el célebre actor D. An-

tonio Guzman á un no ménos célebre coreógrafo, á propósito del lenguaje mimico:

-A ver; dígame V. por signos: pasado mañana llega mi suegra de Toledo.

**ANGUSTIAS,** dibujo por J. M. Marqués

El autor de ese tipo de gitana andaluza lo ha bautizado con el nombre de Angustias. ¿Será, efectivamente, el nombre del original? Pudiera muy bien serlo.

Es cosa rara, pero que tiene su explicación plausible, la predilección que las clases más humildes sienten por la Virgen María. Y es que el pueblo, sin darse cuenta de ello, propende á lo dulce, á lo amante, á lo poético; y estas tres circunstancias concurren eminentemente en la Madre de nuestro Dios. Además, los gitanos, y aún más las gitanas, comprenden que si algunos poderosos de la tierra las consagran un momento de atención y las arrojan á los piés una moneda y un sombrero, en pago de unos momentos de espectáculo; no por esto dejan de formar en la porción más despreciada de la humanidad, en la porción de los párias, que, con este ú otro nombre, existe aún en este mundo. Obsérvese, sino, cómo sus cantilenas son tristes; cómo sus danzas podrán ser voluptuosas, pero no son alegres; cómo sus hermosos ojos en lugar de mirar con cariño, miran amenazadores.

Cuando tan humilde papel se representa en el mundo, es muy natural que el desgraciado busque un refugio en el seno del *Consuelo de los afligidos*. Una gitana que se llame Angustias, y son muchas las que así se llaman, lleva en su nombre el estado de su ánimo y el remedio de sus penas.

**LA VUELTA DE LA ESCUELA,**  
cuadro por L. Vollmar

¿La vuelta de la escuela?... ¿Le parece al lector que ese niño vuelve de la escuela? A nosotros se nos figura que el autor de ese delicioso cuadro ha aplicado irónicamente el título.

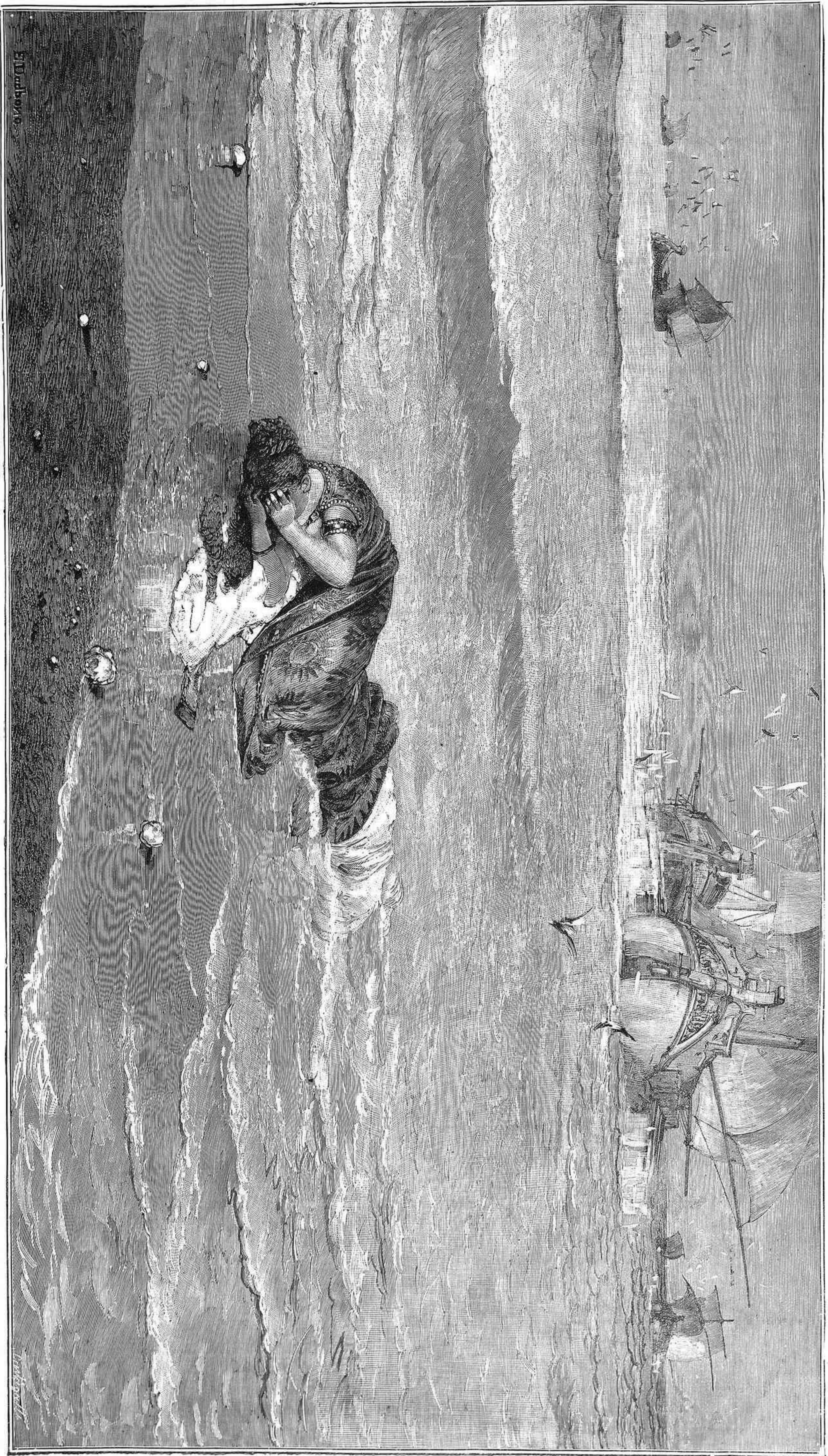
En la mirada penetrante de la madre, en la expresión burlona de la sonrisa de la abuela, en la contemplación interrogadora de los hermanitos y más que todo en la actitud del muchacho héroe de la escena, se echa de ver que éste puede venir de cualquier parte, ménos de la escuela. El mozo ha hecho novillos y sin duda no es el primer caso: por su picaresco semblante habríamos de juzgar que nos las habemos con un toreador consumado.

Mañana la excelente madre conducirá por sí propia al bribonzuelo á presencia del maestro, quien para convencer á su cerril discípulo de los inconvenientes anexos á tales excesos, es probable que apele al poderoso argumento de unas buenas disciplinas.

El asunto está tratado con pasmosa naturalidad; no hay en todo él una figura que no esté perfectamente en situación, ni un detalle que desentone la armonía del conjunto. Cuando un cuadro está bien concebido y felizmente ejecutado, la explicación resulta de él mismo y este es su mayor mérito. Un cuadro nunca debe ser un acertijo ilustrado.



PASTOR ITALIANO, dibujo por J. Llimona



ARIADNA ABANDONADA, cuadro por E. Dalbano





L. Vollmar München

LA VUELTA DE LA ESCUELA, CUADRO POR L. VOLLMAR

Ministerio de Cultura



LAS ESPIGADERAS, dibujo por Ricardo Balaca



## EL PAJARO EN LA NIEVE

(Conclusion)

El caballero cogió á Juan por los brazos y le puso en pié; era un hombre vigoroso.

—Ahora apóyese V. bien en mí y vamos á ver si hallamos un coche.

—¿Pero dónde me lleva V.?

—A ningún sitio malo ¿tiene V. miedo?

—¡Ah! no; el corazón me dice que es V. una persona caritativa.

—Vamos andando.... á ver si llegamos pronto á casa para que V. se seque y tome algo caliente.

—Dios se lo pagará á V. caballero... la Virgen se lo pagará... Creí que iba á morir en ese sitio.

—Nada de morirse... no hable V. de eso ya. Lo que importa ahora es dar pronto con un simon... Vamos; adelante... ¿qué es eso; tropieza V.?

—Sí señor; creo que he dado contra la columna de un farol... ¿Como soy ciego!

—¿Es V. ciego?—preguntó vivamente el desconocido.

—Sí señor.

—¿Desde cuándo?

—Desde que nació.

Juan sintió estremerse el brazo de su protector; y siguieron caminando en silencio. Al cabo éste se detuvo un instante y le preguntó con voz alterada

—¿Cómo se llama V.?

—Juan.

—¿Juan qué?

—Juan Martínez.

—Su padre de V. Manuel, ¿verdad? músico mayor del tercero de Artillería ¿no es cierto?

—Sí señor.

En el mismo instante el ciego se sintió apretado fuertemente por unos brazos vigorosos que casi le asfixiaron y escuchó en su oído una voz temblorosa que exclamó:

—¡Dios mío, qué horror y qué felicidad! Soy un criminal; soy tu hermano Santiago.

Y los dos hermanos quedaron abrazados y sollozando algunos minutos en medio de la calle. La nieve caía sobre ellos dulcemente.

Santiago se desprendió con brusquedad de los brazos de su hermano y comenzó á gritar salpicando sus palabras con fuertes interjecciones:

—¡Un coche, un coche! ¿no hay un coche por ahí?.. ¡maldita sea mi suerte! Vamos, Juanillo, haz un esfuerzo; llegaremos pronto al puesto... ¿Pero señor, dónde se meten los coches...? Ni uno sólo cruza por aquí... Allá lejos veo uno... ¡gracias á Dios!... ¡Se aleja el maldito!... Aquí está otro... éste ya es mío. A ver cochero... cinco duros si V. nos lleva volando al hotel número diez de la Castellana...

Y cogiendo á su hermano en brazos como si fuera un chico lo metió en el coche y detrás se introdujo él. El cochero arreó á la bestia y el carruaje se deslizó velozmente y sin ruido sobre la nieve. Mientras caminaban, Santiago teniendo siempre abrazado al pobre ciego, le contó rápidamente su vida. No había estado en Cuba sino en Costa Rica donde juntó una respetable fortuna; pero había pasado muchos años en el campo sin comunicación apénas con Europa; escribió tres ó cuatro veces por medio de los barcos que traficaban con Inglaterra y no obtuvo respuesta. Y siempre pensando en tornar á España al año siguiente, dejó de hacer averiguaciones proponiéndose darles una agradable sorpresa. Después se casó y este acontecimiento retardó mucho su vuelta. Pero hacía cuatro meses que estaba en Madrid donde supo por el registro parroquial que su padre había muerto; de Juan le dieron noticias vagas y contradictorias: unos le dijeron que se había muerto también; otros que reducido á la última miseria, había ido por el mundo cantando y tocando la guitarra. Fueron inútiles cuantas gestiones hizo para averiguar su paradero. Afortunadamente la Providencia se encargó de llevarlo á sus brazos. Santiago reía unas veces, lloraba otras mostrando siempre el carácter franco, generoso y jovial de cuando niño.

Paró el coche al fin. Un criado vino á abrir la portezuela. Llevaron á Juan casi en volandas hasta su casa. Al entrar percibió una temperatura tibia, el aroma de bienestar que esparce la riqueza: los piés se le hundían en mullida alfombra; por orden de Santiago dos criados le despojaron inmediatamente de sus harapos empapados de agua y le pusieron ropa limpia y de abrigo. En seguida le sirvieron en el mismo gabinete, donde ardía un fuego delicioso, una taza de caldo confortador y después algunas viandas aunque con la debida cautela por la flojedad en que debía hallarse su estómago: subieron además de la bodega el vino más exquisito y añejo. Santiago no dejaba de moverse dictando las órdenes oportunas acercándose á cada instante al ciego para preguntarle con ansiedad: —¿Cómo te encuentras ahora Juan?—¿Estás bien?—¿Quiéres otro vino?—¿Necesitas más ropa?

Terminada la refacción se quedaron ambos algunos momentos al lado de la chimenea. Santiago preguntó á un criado si la señora y los niños estaban ya acostados y habiéndole respondido afirmativamente, dijo á su hermano rebosando de alegría:

—¿Tú no tocas el piano?

—Sí.

—Pues vamos á dar un susto á mi mujer y á mis hijos. Ven al salón.

Y le condujo hasta sentarle delante del piano. Después levantó la tapa para que se oyera mejor, abrió con cuidado las puertas y ejecutó todas las maniobras conducentes á producir una sorpresa en la casa; pero todo ello con tal esmero, andando sobre la punta de los piés, hablando en falsete y haciendo tantas y tan graciosas muecas que Juan al notarlo no pudo menos de reírse exclamando: ¡Siempre el mismo Santiago!

—Ahora toca Juanillo, toca con todas tus fuerzas.

El ciego comenzó á ejecutar una marcha guerrera. El silencioso hotel se estremeció de pronto como una caja de música cuando se le da cuerda. Las notas se atropellaban al salir del piano, pero siempre con ritmo belicoso. Santiago exclamaba de vez en cuando:

—¡Más fuerte, Juanillo, más fuerte!

Y el ciego golpeaba el teclado, cada vez con mayor brío.

—Ya veo á mi mujer detrás de las cortinas... ¡adelante Juanillo, adelante!... Está la pobre en camisa... ¡ji... ji... me hago como que no la veo... se va á creer que estoy loco... ¡ji ji!... ¡adelante, Juanillo, adelante!

Juan obedecía á su hermano aunque sin gusto ya porque deseaba conocer á su cuñada y besar á sus sobrinos.

—Ahora veo á mi hija Manolita que también sale en camisa... ¡calle, también se ha despertado Paquito!... ¡No te he dicho que todos iban á recibir un susto!... Pero se van á constipar si andan de ese modo más tiempo... No toques más, Juan, no toques más.

Cesó el estrépito infernal.

—Vamos, Adela, Manolito, Paquito, abrigaos un poco y venid á dar un abrazo á mi hermano Juan. Este es Juan de quien tanto os he hablado, á quien acabo de encontrar en la calle á punto de morir helado entre la nieve... ¡Vamos, vestíos pronto!

La noble familia de Santiago vino inmediatamente á abrazar al pobre ciego. La voz de la esposa era dulce y armoniosa: Juan creía escuchar la de la Virgen; notó que lloraba cuando su marido relató de qué modo le había encontrado. Y todavía quiso añadir más cuidados á los de Santiago: mandó traer un calorífero y ella misma se lo puso debajo de los piés, después le envolvió las piernas en una manta y le puso en la cabeza una gorra de terciopelo. Los niños revoloteaban en torno de la butaca acariciando y dejándose acariciar de su tío. Todos escucharon en silencio y embargados por la emoción el breve relato que de sus desgracias les hizo. Santiago se golpeaba la cabeza: su esposa lloraba; los chicos atónitos le decían estrechándole las manos: ¿No volverás á tener hambre ni á salir á la calle sin paraguas, verdad tiito?... yo no quiero, Manolita no quiere tampoco... ni papá, ni mamá.

—¡A que no le das tu cama, Paquito!—dijo Santiago, pasando á la alegría inmediatamente.

—¡Si no *quepa* en ella papá! En la sala hay otra muy grande, muy grande, muy grande...

—No quiero cama ahora,—interrumpió Juan... ¡me encuentro tan bien aquí!

—¿Te duele el estómago como antes?—preguntó Manolita abrazándole y besándole.

—No, hija mía, no; ¡bendita seas!... no me duele nada... soy muy feliz... lo único que tengo es sueño... se me cierran los ojos sin poderlo remediar...

—Pues por nosotros no dejes de dormir, Juan,—dijo Santiago.

—Sí, tiito, duerme, duerme—dijeron á un tiempo Manolita y Paquito echándole los brazos al cuello y cubriéndole de caricias...

Y se durmió en efecto. Y se despertó en el cielo.

Al amanecer del día siguiente un agente de orden público tropezó con su cadáver entre la nieve. El médico de la casa de socorro certificó que había muerto por la congelación de la sangre.

—Mira, Jimenez—dijo un guardia de los que le habían llevado á otro—¡Parece que se está riendo!

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

## LAS CODORNICES

Uno de los mortales que más envidió en este pícaro mundo es el obispo de las codornices de la isla de Caprea.

¡Qué feliz sería yo si se me concediera en un rincón de España lo que se le concede al buen prelado en el golfo de Nápoles! Cuando llegara la semana de San Márcos, vulgo *semana codornicera*, echaría las campanas á vuelo y reuniendo á mis queridos feligreses, les diría:

—Amados católicos: vosotros teneis la obligación de darme como tributo todos los años cien codornices por cabeza ó en su equivalencia quince *julios de plata*, que es lo mismo que si dijéramos en Castilla, treinta reales. Pues bien, yo os relevo de esa contribución, porque para matar codornices me basto yo y me sobro con mi perro y mi escopeta, sin ayuda de vecinos; conquie cuidadito con tocar ni á una sola pluma de esas avecillas emigradoras que vienen todos los años á visitar nuestras hermosas y fértiles vegas.

Después de esto colgaria mi traje sacerdotal, que entorpece la agilidad de las piernas, y ni el *San Juan Nepomuceno* hizo más fuego en la gloriosa derrota de Trafalgar que haría yo por las poéticas campañas que embellece con ricos cambiantes de luz el rojo fuego del Vesubio.

Mi única ocupación (después de cumplir con los santos preceptos de la Iglesia) sería perseguir sin tregua á las codornices *verdes*, las más apetecidas, las más codiciadas por los cazadores de pura sangre, por los que saben saborear la verdadera poesía de la caza.

Pero desgraciadamente ni yo soy el obispo de las codornices de la isla Caprea, ni poseo ningún privilegio para cazarlas en España sin temores ni sobresaltos antes del 1.º de agosto.

La verdad es que á los pobres cazadores *impenitentes* nos ha roto un *alon* la funesta ley de caza que nos rige, prohibiéndonos cazar las aves de paso y sujetándonos á una *veda* rigurosa que está reñida con el famoso refrán de: *á ave de paso, cañazo*.

Indudablemente los sabios legisladores cinegéticos que redactaron la ley de caza de 1879 no tuvieron en cuenta las condiciones especiales de la codorniz, y es una injusticia que á una avecilla tan ingrata y tan egoísta se le tributen las mismas deferencias que á las aves estacionarias.

Además, las aves de paso no se han mirado nunca como una riqueza nacional: todas las leyes, pragmáticas y decretos que sujetan á una *veda* lógica y necesaria á los animales salvajes durante el tiempo de su procreación, excluyen de esta *veda* á la codorniz durante el tiempo de su tránsito por España.

La codorniz, esa avecilla sibarita, encanto y deleite de los buenos aficionados á la escopeta, esa emigradora ingrata que no tiene querencia ni cariño á la tierra donde ha nacido, que huye de la campiña donde cantó sus amores y aprendió la gimnasia de las alas cuando aquellos campos por falta de lluvias auguran al labrador una mala cosecha; la codorniz, perpetua emigradora, que sólo busca las regiones donde sonríe la abundancia porque el incesante deseo de su egoísmo se reduce á satisfacer su gula y entregarse en brazos de su regalada indolencia, no ha sido considerada nunca por los sabios legisladores cinegéticos digna del justo respeto de la *veda*, como fueron ayer y lo serán mañana otras aves estacionarias que donde nacen mueren y no cometen nunca la ingratitud de abandonar á su patria aunque la esterilidad de los campos las amenaza con el hambre.

La codorniz constituye además el encanto de los verdaderos cazadores y la educación práctica del perro. La sábia naturaleza la hizo emigradora, porque de lo contrario no existiría como no existe el *francolin* ni otras especies que, por su vida indolente y pocos recursos para defenderse de la tenaz persecución de los hombres, ha hecho desaparecer del reino animal el genio de Rogerio Bacon inventor de la pólvora.

Inútil sería colocar á la codorniz en el número de las aves sagradas del Capitolio. El decreto de Julio César prohibiendo matar á la codorniz bajo pena de la vida sería oído con desdeñosa indiferencia por esas perpetuas viajeras, porque al sonar la hora de la emigración abandonarían gozosas las playas hospitalarias, yendo á buscar á otras regiones los perpetuos sobresaltos de una guerra sin cuartel.

Los ingleses trataron de aclimatar en la Nueva Zelanda la codorniz: un buque trasladó á aquellas apartadas regiones algunos centenares de avecillas emigradoras; tenían allí abundancia, tranquilidad, de nada carecían; el hombre no las molestaba: pero llegó la época de la emigración, se reunieron en la costa reclamándose con su ardiente canto, y una noche de luna creyendo aperebir el aire de tierra que las anuncia el sembrado emprendieron el vuelo pereciendo ahogadas en las anchurosas soledades del Océano Austral sin encontrar la costa apetecida.

Inútil sería sancionar una ley rigurosa con el afán de aumentar la procreación de la codorniz en España, porque la codorniz es el barómetro de las buenas cosechas y tiene por tradicional costumbre huir de los campos estériles como los hombres huyen de las poblaciones apartadas.

Todas las leyes de caza excluyen á la codorniz de la *veda*, permitiendo que se maten durante la época de su tránsito con el permiso y la autorización por escrito de los dueños arrendatarios de las tierras donde se hallan.

Si yo me atreviera dirigirla una exposición á las Cortes, diciendo: «Señores diputados, cuatro años de experiencia han demostrado que la ley de caza de 1879 adolece de defectos, de contradicciones graves, de odiosos privilegios que se hallan en contraposición con las costumbres de un pueblo que, como el nuestro, se rige por un sistema político que hace á los hombres iguales ante la ley y que ha relegado al olvido los irritantes privilegios de feudalismo.

»Si es difícil la creación de un Código civil para que los hombres se rijan y respeten, más difícil es la creación de un Código rural cuya aplicación muchas veces se halla encargada á delegados de la Autoridad, los cuales por falta de ilustración y criterio para penetrar el espíritu de la Ley se ven en el caso de cometer abusos mortificadores precisamente con aquellas personas que, creyéndose seguras al amparo de la Ley, van confiadas á buscar algunas horas de solaz y esparcimiento en el grato ejercicio de la caza.

»La Ley más hermosa, la más respetada y ante la cual todos los hombres honrados inclinan la cabeza es aquella que, protegiendo por igual al grande y al pequeño, al rico y al pobre, no se presta á mistificaciones desconsonadoras y cuyos artículos, claros como la luz del sol, encierran en su espíritu una lógica incontrastable al alcance de todas las inteligencias.

»No hay un propietario, un hombre de letras, ni un cazador que rinda respeto á la lógica y á la equidad, que

no encuentre defectuosa la actual Ley de caza que nos rige, que no lamente los abusos que al amparo de ella se cometen, precisamente por los mismos que debían respetarla y hacerla cumplir

»Algunos artículos se hallan en abierta rebelión los unos con los otros. El art. 15 considera *cerradas y acotadas todas las tierras de cualquier clase pertenecientes á dominio particular*, mientras que el artículo 18 usurpa unos derechos legítimos y sagrados al propietario pequeño, prohibiéndole que defienda sus intereses de agricultor á ménos distancia de quinientos metros de las lindes de su finca.

»Estos quinientos metros, este odioso privilegio que alimenta la caza del rico con los sudores del pobre, tiene algo de aquellas odiosas pragmáticas del feudalismo que prohibía á los villanos matar los *francolines*, imponiendo la pena de la pérdida de la mano derecha á los contraventores.

»Afortunadamente si hoy existieran los *francolines* podrían cazarlos lo mismo los plebeyos que los señores sujetándose los unos y los otros á los preceptos de la ley.

»La irritante limitación de los quinientos metros ha dado motivo á más de diez mil expedientes que constan en los tribunales de justicia, reclamando daños y perjuicios, porque mientras el dueño de un monte puede ejercer libremente los derechos de dominio dentro de su finca, al propietario pequeño que posee una viña ó un campo de pan llevar en las lindes de este monte se le prohíbe exterminar la caza que le roba el producto de sus afanes, que hace infructuosa la santa perseverancia del trabajo, prohibiéndole defenderse de los enemigos que le invaden á menor distancia de quinientos metros de las tierras colindantes, etcétera, etcétera.»

Pero de seguro que no me harían caso: bastante atareados andan los padres de la patria con la política menuda del día para ocuparse de si la caza produce en España cincuenta millones de pesetas al año, si se extraen todas las semanas dos mil perdices para Francia cogidas con los infames *alares* y otras *menudencias* que están á cien mil leguas de distancia de *La derecha*, *La izquierda* y de *El centro*.

Así pues, dejo la empresa de elevar una exposición á las Cortes solicitando la reforma de la Ley de caza á pechos más varoniles que el mío, porque yo hace cuatro años que vengo lamentándome en todos los tonos susceptibles al diapason literario y desgraciadamente nada he conseguido.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

LOS GIGANTONES DE CARNAVAL

No hace mucho que, visitando yo una ciudad de nuestras Castillas, famosísima por lo tocante á cosas de clerecía, ví, arrumbados en el camaranchon de su principal iglesia, unos tremendos muñecos de palo y algodón, des-

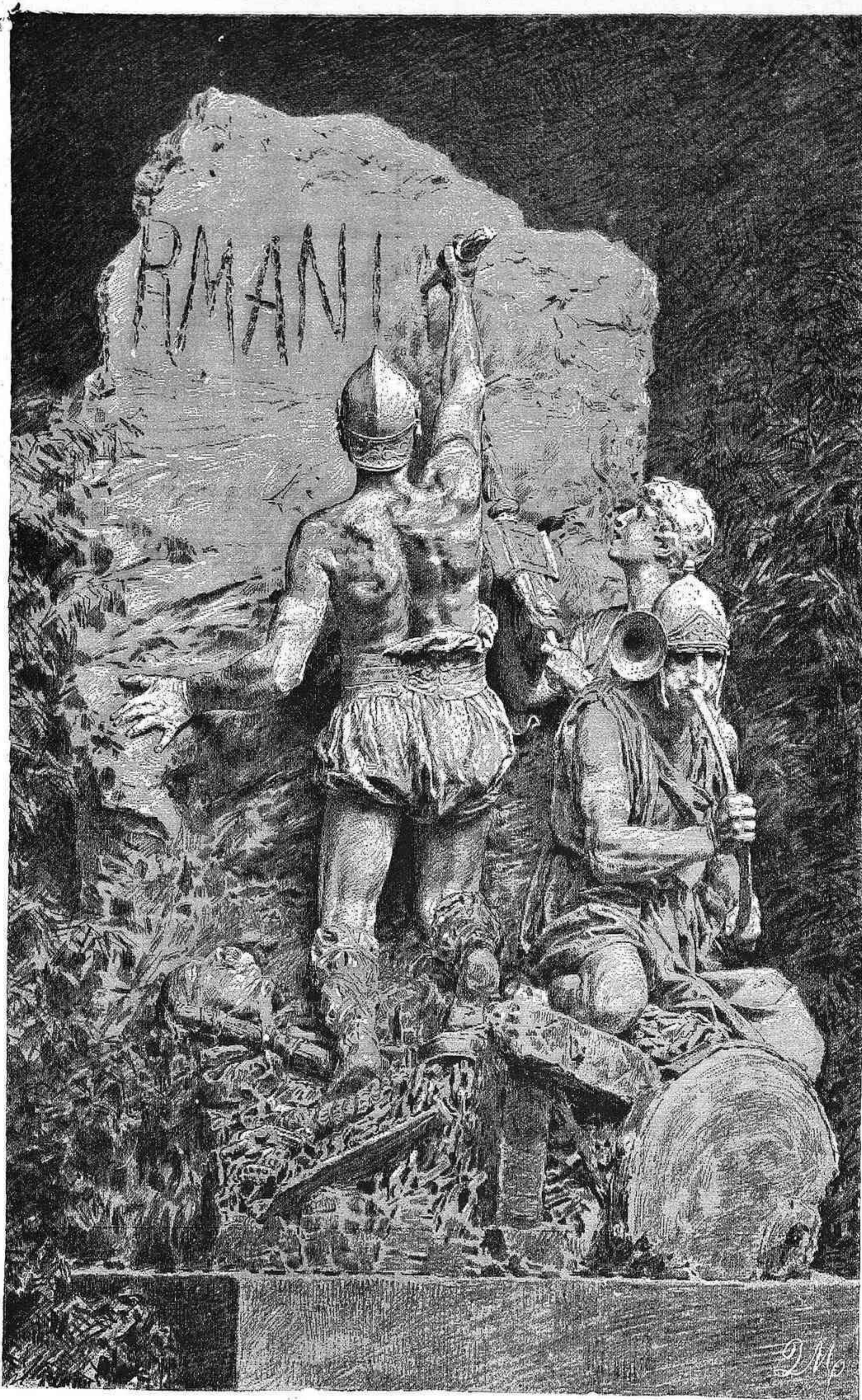
tinados á figurar antiguamente en las procesiones de Semana Santa.

Representaban los descomunales polichinelas á varios personajes célebres, tenidos entonces en grande estima por el vulgo, que todavía creía en algo. El Cid, Santiago y Santo Tomás andaban por las calles en aquellos buenos tiempos, vestidos de mojiganga. Bailaban los tan reverendos señores sus danzas descompasadas delante de los pasos; asustaban á las mujeres con el abrir y cerrar de sus fauces desquijaradas, haciendo abortar de terror á muchas hembras en estado de embarazo; servían de blanco á los incrédulos muchachos, los cuales se adiestraban en el manejo de las hondas, tirando piedras á la cabeza del santón; y, por último, eran los heraldos que anunciaban, en aquel desfile de monstruos de trapo, á la temible tarasca. Cerraba ésta la marcha religiosa con su hinchada barriga de escamas, su rabo de serpiente, su cuello de tortuga, y sus angulosas aletas de dragon. Y luégo que los altares dejaban el luto por la muerte de Cristo, y la collareja de campanitas del coro se estremecía tocando á gloria, todos aquellos fantasmones ilustres volvían á sus mechinales, quedando hasta otro año al cuidado de los ratones.

Cuando á estos huéspedes de antaño hice mi re-

todo pomposo relumbron por fuera, y polilla y vaciedad por dentro. No, no ha menester el hombre que el calendario le diga cuándo debe cubrir su cara de carne con otra de papel pintado. Para que mi corazón no crea en la felicidad ni ponga su punto de reposo en lo falso de la vida, no le es preciso sentir el bullicio y oleaje del mundo hipócrita que lava sus sucias pasiones en un Jordan de fuego para prepararse á entrar en el Calvario de la penitencia oficial. Yo escucho, desde la mesa en que escribo mis pensamientos, los gritos de las muchedumbres que se aturden sin saber por qué, que corren ignorando á dónde, que se hablan no atendiendo á lo que dicen, que van publicando muchas verdades bajo el embozo de las mentiras, y atesorando muchas mentiras que juzgan neciamente verdades que deben ser calladas. ¡Horror! La multitud siempre equivocada. ¿Y el genio errará también? Shakespeare, Cervantes, Calderon, Franklin, Newton, Miguel Angel, Víctor Hugo....

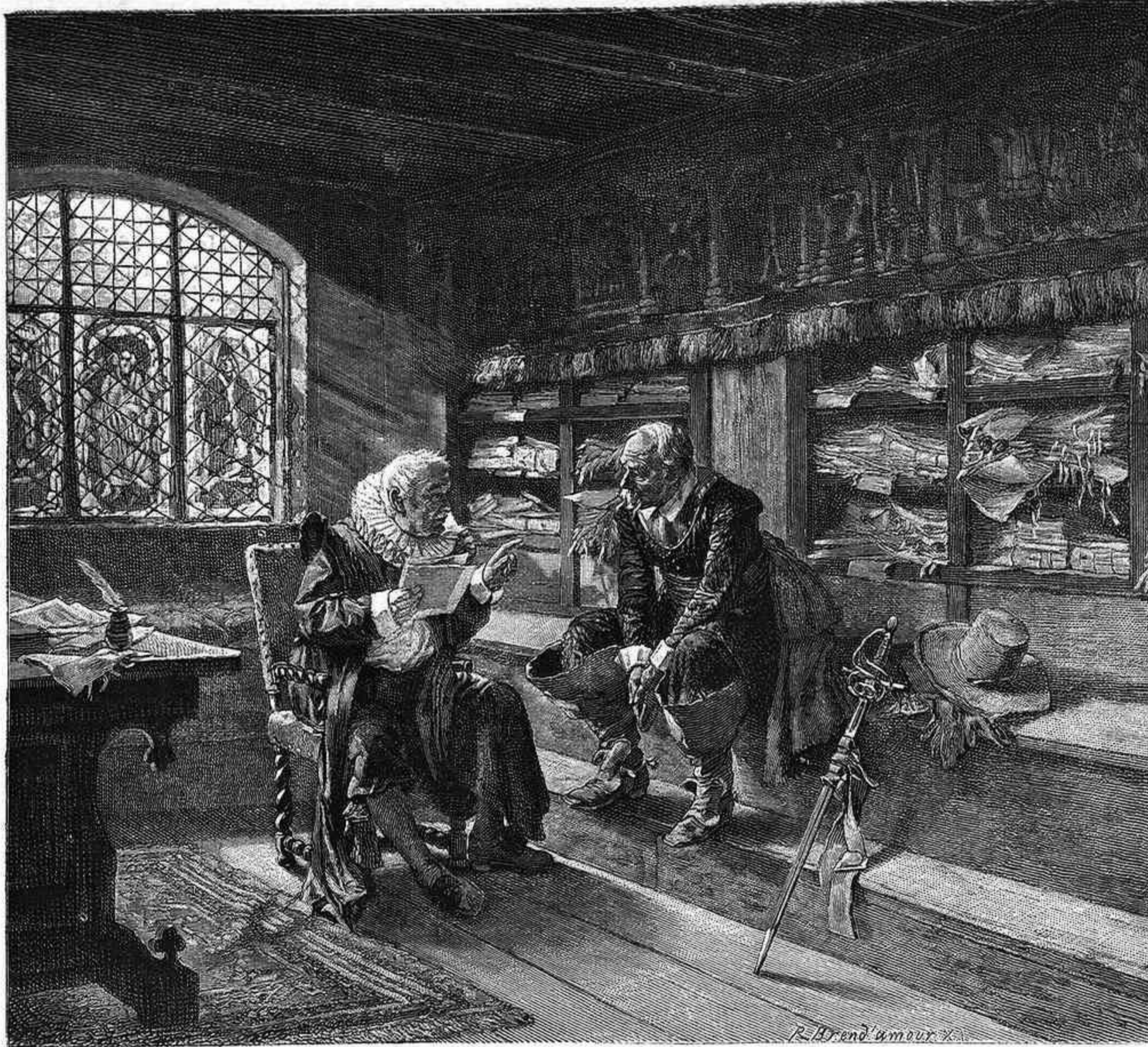
Perdóneme el lector si, al llegar aquí, corto el hilo á mi artículo. La puerta de mi habitación se ha abierto, y una mujer ha entrado por ella.... No me preguntéis quién es ni qué señas tiene, porque ni importa saber lo primero ni podrá determinaros lo segundo. Sólo os diré que es una mujer que me sonríe cuando lloro, que me presenta su seno si se



LA REVANCHA DE GERMÁNICO, escultura por Francisco Jerace

cienta visita, no pude ménos de pensar que si ellos están hoy en desuso, en cambio tienen modernamente una familia de descendientes que han heredado la jerárquica casta de los *gigantones*. Me he afirmado en esta idea al mirar ahora los escaparates de trajes para máscaras. ¿No son, en sustancia, los mismos los *Pierrots* modernos que los *gigantones* antiguos? La raza humana celebrará eternamente sus fiestas disfrazándose de aquello que le causa más admiración ó más regocijo. Y, es menester desengañarse; el ideal de los tiempos presentes estriba en ser *pierrrot*, es decir, tener la manga ancha, la cara lisa, sembrada la vestimenta de oropeles, los pies alojados en chancas para no dejarse sentir, y la cabeza terminada en clavo para meterla por todas partes. Será en vano que desde la anaquelaría del comerciante en antifaces nos guiñen con sus ojos espachurrados ó nos suspendan con sus órbitas vacías, rostros deformes, erisipelosos, narigudos, arrebolados, cadavéricos, jermiacos ó idiotas; sobre todos ellos campeará la carátula del *pierrrot*, de expresión astuciosa y ladina, de rasgos secos y tirantes, y del color finísimo del albayalde, simbolizando juntamente la avaricia, la indiferencia y el clorótico afeite del impudor.

Y sin necesidad de esperar á que el loco Carnaval se vista su hoga de cascabeles, como sentenciado á morir por risa, encuentran los *gigantones* en cualquiera época del año sucesores suyos. ¿Quién no reconocerá como tales á muchos figurones de levita y chistera, que son los danzantes de nuestros teatros, academias y parlamentos? El crítico Cántaro, el orador Rana, el poeta Mirlindo, el actor Vanidad, y el sainetero Candileja, son admirables representantes de aquellos vetustos armatostes,



ASUNTO GRAVE, cuadro por W. Volckhart

dobra mi cabeza, que me hace ser amigo de la noche, que me cose los botones que se le caen a mi paletot, que sazona una ensalada al primer golpe de vinagreras, y que, en fin, sabe mullir un colchon mejor que muchos escritores componer un libro. Como veis, es una mujer vulgar y prosaica, sin incentivos sensuales, ajena a todo artificio amoroso, y que cuando abre sus brazos abraza con todo el cuerpo. No he tratado nunca de investigar su procedencia; halléla al volver de una esquina, sola y sin llamativo alguno, como flor abandonada en el campo. Sus faenas, al mismo tiempo, no pueden ser más humildes. Tiene prurito en soplar el polvo de sobre mi mesa, en limpiarla con una rodilla, y en dejarla reluciente como un oro; dice que de este modo no corren peligro de ponerse blancas las mangas negras de mi levita. No hay contento igual al suyo cuando, levantándose por la madrugada, viene descalza y de puntillas hasta donde yo estoy leyendo, y cierra el libro que tengo en las manos, apaga la bujía, y entre arrechuchos y empellones me conduce a la alcoba. La risa que le produce esta escena la tiene convulsa muchas veces hasta por la mañana. Eso sí: yo soy el único encargado de sacarla a paseo; sin mí no iría la infeliz ni a la puerta de la gloria. Es verdad que cuando me acompaña lo hace con la misma modestia que lo haría un perrillo ó un báculo de viaje. Hoy, como fiesta de Carnestolendas, la he prometido regalarla en un ventorrillo. La casa se nos cae encima.... Lector, perdon te pido de nuevo, porque me voy de bureo con mi cocinera....

No sé si un trago de felicidad hace ser buenos a los hombres; pero es lo cierto que el aire vivo de la población agitada ha disipado las nubes de mi espíritu y equilibrado los humores de mi cuerpo. Gigantones del alma soñadora y descontenta son esas creaciones de la imaginación que, como bolas de jabón, se rompen al primer choque con la realidad. ¡Hoy todos son felices, al menos aparentemente! Las panderetas de las estudiantinas, sacudiendo el polvo de las escuelas, lanzan al viento sonos alegres y jacarandosos. El contento hace voltear diablicamente las esclavinas de los dominós abigarrados que encubren a prójimos ansiosos de placeres por estar hastiados de tristezas. El que no se divierta hoy puede creerse condenado ya a llorar todo el año. Si mañana alborota las plazas será castigado por el código. ¡Venga pues, la bulla y la algazara! Dejemos a un lado a los autores que han iluminado los oscuros cerebros humanos, y cuyos nombres desconoce mi fiel amiga, ó, lo que es más risible, los toma por nombres de pescados. ¡Oh, laureles de la fama estéril! ¿de qué servís si no servís para adobar un plato de anchoas?

A tiempo conocí lo infecundo de mis trabajos, y tiré la pluma cuando vino a llamarme mi cocinera. —Me he arrojado por esos mundos del diablo, con ella del brazo. ¡Cuántas damas encopetadas he visto que se apartaban a un lado para dejarnos paasar!—Cortesía oprobiosa del orgullo endiosado que teme manchar su traje de seda, ya

que su cuerpo es un puro cieno. —Seguimos adelante, olvidando lo visto, que es como pensar en lo futuro, que no se ha visto todavía. Llegamos, por fin, al ventorrillo; é instalándonos, mi pareja y yo, alrededor de una mesa, hemos comido como unos canónigos, es decir, hasta reventar en paz y en gracia de Dios.—A pesar de la solemnidad del día, aquella casa de comidas campestre se hallaba casi desierta. A la entrada, bajo un cobertizo de parra entretrejida, cuyos tallos nudosos y retorcidos proyectan en el suelo una zona de signos arabescos, se puso la mesa. Unos guñapos, que querían ser manteles, pardos, deshilachados a trechos y húmedos, fueron tendidos sobre la tabla, con objeto, sin duda, de que los platos, al ser colocados encima, estuvieran más en blando. Fuera de esto, el apetito no encontré tropiezo, porque los manjares, dicho sea con verdad, estaban exquisitos. Salpimentados fuertemente, como los vocablos del populacho, a quien sirven de pasto cotidiano, caían en el estómago, sosteniendo una lucha encarnizada con la bilis depositada allí para devorar toda presa.—Mi buena mujer me ha hecho disfrutar de unos goces que nunca pensé yo saborear tan completamente.

—Hé aquí,—me he dicho,—lo que es la felicidad. No descubriéndose a sí misma, se la encuentra donde no se la espera. No es la hermosura que aguija el deseo; no es tampoco la luz que deslumbra los ojos; ménos, la satisfacción de un ansia prolongada, por la imposibilidad ó la abstinencia. Si felicidad es algo, mucho se le parece la conformidad natural y sencilla de nuestras inclinaciones con un objeto cualquiera, que esté al alcance de la mano. ¡Cuántas sombras he perseguido en mi vida, las cuales, al tenderles los brazos, se han desvanecido para siempre! Los primeros sueños de amor, cuyas flores no han producido fruto; los arrebatos generosos de la inte-

ligencia, que se siente j6ven, estrellándose en los escollos del mar de la vida; los conatos de una obra buena perdiendo su fuerza y su prestigio en el sordo torbellino del fracaso; todos esos vigores que dan savia al alma, al empezar la carrera de la existencia, secándose y marchitándose, y dejando en el corazón sólo la espinosa escobilla de despojos que deja en el tallo todo capullo agostado. Ya ese mundo de visiones maravillosas, como figuras de una linterna mágica, se borró del cristal de la fantasía. Y esta carencia de luz ideal produce una enfermedad en el espíritu, la que, como todas las que inficionan el sér moral, se arraiga, se extiende y es incurable. Y no me deis la panacea del olvido para afecciones de esta índole; el dolor de la tristeza que viene del desencanto es hondo, muy hondo, y es como los garfios que se arrojan a un pozo para sacar algo: muchas veces, revolviendo el fondo, quedan agarrados a las entrañas. Sin embargo, ¡oh contrastes del organismo humano! una comida rústica y frugal, celebrada al aire libre, en compañía de una pobre muchacha, ignorante, mal educada y zafiota, ha bastado a volverme el anhelo por el trajin de la vida.

Dimos fin a nuestro ventorril banquete, y volvimos a la población. Ya mis ojos, más alegres, se han gozado en la contemplación del movable espectáculo que a cada recodo del camino con distraente variedad se ofrecía. Era la hora del anochecer. Pandillas de máscaras, muchas ya sin careta, vagaban en todas direcciones, con sus flotantes vestiduras. Llevábanse detrás arremolinada la gente, como a impulsos de una tromba. Tal vez algún chiquillo, aparejado de demonio, con sus orejas y su cola de percalina tricolor, pasaba solo y perdido entre la multitud, llevando pintada en su rostro encendido la expresión de la inocencia que se ahoga en la confusión y vaivenes de la vida. Atravesamos por medio de los corros carnavalescos, poniéndonos en dirección de nuestra casa. Gran tino era necesario desplegar para abrirse vía entre aquel desordenado apiñamiento de cabezas locas. Logrélo, por fin, y dando gracias a mi ama de llaves por haberme dado la de la felicidad, héteme aquí en mi habitación, sumergido agradablemente entre los almohadillones del sofá. La oscuridad en que se halla, por disposición mía, mi cuarto, me permite ver dibujadas en el aire negro las siluetas de mis pensamientos, ensayados en túnicas de fantasmas. Pero, volviendo del otro lado, puedo ya exclamar satisfactoriamente: «¡Ya os conozco; sois los Gigantones apollillados que ví hace poco en aquella iglesia!» Dicho esto, llamo a mi hacendosa mujer, le pido la cena, y, encendiendo un cigarro, me entretengo en ver cómo se disipan en la atmósfera las nubes de humo del tabaco, que paulatinamente va ardiendo entre mis dedos, como la mecha de una vida a la que no estimula ningún soplo de viento.

JOSÉ DE SILES



ANGUSTIAS, dibujo por M. Marqués

Nueva publicación: estamos preparando para publicarla en breve una edición económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece a esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON